

LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— XX —

PEREIRA GAMBA F. (1866-1936). *La Vida en los Andes Colombianos*. Quito. Imprenta de "El Progreso". 1919. 15½ x 21½. 315 págs.

Sor María Celina de la Dolorosa, religiosa franciscana, residente en Pasto, hija del doctor Fortunato Pereira Gamba, en el discurso que pronunció en la Universidad de Nariño, a instancias de sus Directivas, en ocasión de descubrir el retrato de su padre, en las festividades del cincuentenario del plantel nariñense, al referirse a los ancestros del sabio colombiano, dijo: "...fue la forja de su raza desde Alfonso el Sabio y Alonso I, llamado el católico, hijo de Don Pedro Duque de Cantabria; troqueló a los Pereiras, oriundos de Santiago de Compostela en Galicia; los signó en Portugal hasta doña Margarita María, virreyna de esta nueva España, y llenó de gloria a los que murieron mendigos, porque lo perdieron todo, prodigando su herencia espiritual...". (*Anales de la Univ. de Nariño*. Vol. VI. N° 42. Pág. 65).

Los Pereiras de Colombia, descendientes de los peninsulares, a cuya familia pertenecía Fortunato, prestaron al país importantes servicios, en múltiples ramas de la actividad humana, y se distinguieron en diversos campos, particularmente en la literatura, en la ingeniería y en la especulación científica.

Fortunato nació en Bogotá, y creció en el ambiente escolar capitalino. Pasó, fugazmente por el Colegio de D. Ricardo Carrasquilla y por el Seminario Conciliar, donde no se sintió a su sabor, e instó a su padre para que lo matriculase en la Universidad Nacional, porque, dice, "me asfixiaba la atmósfera de los colegios beatos!". Eran los tiempos gloriosos en los cuales el profesorado de la Universidad estaba compuesto por hombres como Antonio Vargas Vega, Salvador Camacho Roldán, Manuel Ancizar y José María Rojas Garrido. "A los hombres de entonces —dice Pereira— debo el amor a las ciencias, el criterio riguroso, la sinceridad en mi alma y cuanto bueno hay en mí...".

Estudió en la Facultad de Ingeniería, hasta obtener su título académico, pero confiesa que era la Escuela de Derecho la que llevaba la batuta en la Universidad, en donde dominaba el talento de estudiantes preclaros, como Antonio José Restrepo, Diógenes Arrieta, Juan de Dios

Uribe y Candelario Obeso. "La libertad soplaba como viento huracanado, refiere. Leíamos, con furor, los *Girondinos*, de Lamartine, los *Montañeses*, de Esquiroz y cuanto se haya escrito, apasionado y ardiente, sobre la Gran Revolución...".

Le llamó la atención la variedad de "tipos" de estudiante en que proliferaba, particularmente, el Instituto de Agricultura Superior: Efigenio Flórez, músico, poeta, galanteador empedernido, la típica figura del *estudiante de Salamanca*; Umaña, de fuerza atlética colosal, pero que nunca pudo pasar de primer curso; Santofimio, dantonesco, ampuloso, el orador obligado estudiantil en todas las circunstancias. Y, entre todos, un estudiante nariñense, "Rosendo Mora, austero, frío, incansable en el estudio; algo como Robespierre en su figura, analista dogmático... Su inteligencia era poderosa y aunque no lo hubiese sido, su perseverancia hubiera vencido los más grandes obstáculos...". Y, así, otros.

De aquellos años data también la amistad entrañable de Pereira Gamba con quien habría de ser también una gran figura nacional, el doctor Laureano García Ortiz. "Su cuarto —cuenta— era el más exquisito retiro para la meditación y el estudio...". Y añade: "Entonces se desarrolló en nosotros la pasión por los libros; la sed inextinguible de leer y leer...". Y por entonces sería cuando García Ortiz comenzó a formar su formidable biblioteca, que poco antes de la muerte de su dueño, adquiriera el Banco de la República, y que hoy forma parte de los fondos de la Biblioteca Luis-Angel Arango, de Bogotá.

García Ortiz, al parecer, fue para Pereira Gamba lo que Sanín Cano para José A. Silva. "La entonces incipiente biblioteca, —narra— ya contenía bastante: los mejores autores franceses; Macaulay, la de Juderías Bender; Goethe de Llorente; Bécquer, y tantas cosas más fuera de libros de estudio. Y allí, con voz emocionada y dicción admirable, Laureano me leía a Vigny, las *Campanas* de Schiller; *El Cuervo*, *Cuentos y Leyendas*; los *Ensayos*, de Montaigne... en esa escuela aprendí a amar la bella literatura...".

No es todo. La pasión de leer y de saber, no tiene límites para Pereira Gamba, García Ortiz y algunos de sus compañeros de estudio. Las disciplinas matemáticas no eran obstáculo, antes todo lo contrario, para que los alumnos de Ingeniería cultivasen también, fervidamente, las humanidades clásicas y modernas. De ello da buena prueba Pereira Gamba en las páginas del raro libro que estamos comentando.

El cual fue dictado en Túquerres, Nariño, estando ciego el autor, gracias al excelente concurso de un joven, Francisco Muriel, que habría de llegar a ser, con los años, uno de los industriales y comerciantes más cultos, útiles y progresistas del occidente de Colombia. De sus propios labios hemos oído detalles interesantísimos a este propósito.

En 1919, estando en Quito, una intervención afortunada del famoso oculista doctor Angel Sáenz, le devolvió la vista al sabio colombiano. Y este, ya sano, y dueño de una imprenta, "El Progreso", resolvió editar en ella el libro dictado a Muriel, años antes, en Túquerres.

La obra se divide en tres grandes partes. En la primera trata el autor de la vida en los Andes Orientales; en la segunda, de los Andes

Centrales, y en la tercera, de sus andanzas por las comarcas de los Andes Occidentales, particularmente por las que demoran al Sur de Colombia, donde el autor prestó, durante largos años, en la Universidad y en la administración pública, el concurso de su inteligencia.

En la primera parte consignó Pereira Gamba los recuerdos de su niñez y su juventud. Memorias dulces, melancólicamente evocadas en el otoño de la vida, del hogar paterno, de la escuela y de los condiscípulos, de sus primeros amores y amistades, sus primeras lecturas y experiencias. La sabana de Bogotá, Ubaté, Fúquene, Chiquinquirá, Leiva, Ráquira, La Candelaria, pasan por esas páginas, de mano maestra descritas. Pedro Plata, Restrepo Tamayo, José Asunción Silva, Emilio Cuervo Márquez, Laureano García Ortiz, discurren por este libro, tachonado de sabrosas anécdotas y sagaces comentarios. La remembranza que hace el doctor Pereira de la Librería Nueva, de Jorge Roa, es acabada. Roa, no solo fue un librero y editor a secas, sino también un espíritu cultísimo, inspirado poeta y prosista de limpia estirpe. A él se debió, en las postrimerías del pasado siglo, la introducción a Bogotá de las máspreciadas obras del pensamiento europeo, en auge en la época, que los intelectuales de entonces devoraban con frenesí. "El vicio de los libros —dice Pereira Gamba— como otro cualquiera, me llevará a gastar considerables sumas sin reparar en nada y creo que los libros y los aparatos científicos mermaron mi caudal más que los licores y las mujeres...".

Es curioso que ninguno de los biógrafos y críticos contemporáneos de Silva, ni siquiera Alberto Miramón, el más documentado de ellos, hubiese acudido jamás, como fuente primaria de información a propósito del poeta, a este libro de Pereira Gamba, en el que se relatan, a ese respecto cosas interesantes:

"Con José Asunción Silva, —dice Pereira Gamba— me ligaron en el Colegio relaciones apenas de saludo; más tarde lo veía, personaje enigmático, del cual yo no me daba cuenta precisa. Tan bello y tan solo, de quien se susurraban tantas cosas! Algún día —cuando él se metió en empresas industriales— fue a buscarme en consulta; desde ese momento principió entre nosotros una gran intimidad, tal vez una de las más grandes que él tuviera. Pude entonces conocerlo y penetrar el fondo de su poderosa, compleja inteligencia; compleja digo y es la única palabra con que puede expresarse lo que el interior de Silva era...".

Y, en otra parte: "Rodeábalo una atmósfera hostil; quizás su misma belleza física despertara envidia, quizás su inteligencia, quizás los métodos nuevos de su poesía sugestiva o su indiferencia por todo. Pero es lo cierto que el medio ambiente para él, en Bogotá, no le era simpático; se le acumulaban historias extrañas y se referían *sotto voce* cosas extraordinarias; tal es la suerte de las almas de elección: tienen que vivir solitarias, pues son diversas, nota discordante en la orquestación que los rodea...". (Pág. 77).

Son dignas de memoria las referencias que Pereira Gamba consigna en su libro a propósito de los días finales del poeta de los *Nocturnos*:

"Silva, en los últimos meses de su vida, —dice—, cuando ya tenía perfectamente resuelto el problema de su liberación ante sí mismo, buscó

la sociedad de algunos que le mostramos decidido afecto y tierna simpatía; contámonos entre ellos los íntimos amigos de que me estoy ocupando y él se reunía con nosotros compartiendo nuestros placeres intelectuales pero huyendo de los demás. Fue una conciencia exterior para mí este amigo de unos pocos meses, el único que, en mi vida, me ha aconsejado franca, leal y valerosamente. Días enteros se pasaba en mi casa; tomábamos té con exceso y hablábamos de todo. Su conversación era tan intensa, tan tremendamente intelectual que a veces fatigaba, no de aburrimiento sino de fatiga cerebral; cuando llegaba al terreno de su producción literaria y se conseguía de él un rato de lectura, la fascinación sobre el espíritu era completa...".

El juicio, tan conocido, de Unamuno, sobre Silva, le merece a Pereira Gamba justos reparos. El vasco genial no acertó, en esta ocasión, a comprender ni la personalidad estética de Silva, ni el alcance de su producción, y se equivocó en su juicio, como le ocurriera también al esclarecido Rector salmantino, a propósito del inmenso Juan Ramón Jiménez.

Y del instante postrero de Silva, estas referencias emocionadas: "Fue un mayo, si mal no recuerdo, cuando ocurrió la muerte de José Asunción. Un sábado por la tarde me citó él para ir a su casa al día siguiente temprano; durante la noche llamó varias veces el teléfono de mi habitación; una pereza invencible me impidió levantarme a contestar. Por la mañana del domingo vestíme y fui a cumplir la cita del día anterior. Serían las siete de la mañana cuando llegué a su casa donde recibí la noticia de su trágico fin...

"Creo fue el de Silva el único cadáver que no me haya infundido repugnancia; su belleza, glorificada por la muerte, lo hacía aparecer muy superior de lo que fuera en vida. Sereno, impassible, semejaba un mármol antiguo del mejor tiempo griego. Toda la vida me he quedado con la curiosidad de saber quién llamó a mi teléfono, con tanta insistencia, aquella noche. ¿Sería él? ¿Qué me quería decir?...". (Pág. 78).

Los recuerdos de Emilio Cuervo Márquez, de sus andanzas juveniles, sus aventuras galantes, su refinamiento intelectual, tienen también adecuado lugar en la primera parte de este libro. A las desilusiones de un amor contrariado atribuye Pereira la decisión de Emilio de marcharse, para siempre, a Europa. Y comenta: "El ganó ciertamente; casado con M... no pasara de un buen burgués si acaso; libre, cual lo ha sido, conservó la autonomía de sus acciones y ahora, bien a las claras está que lo llaman con insistencia elevadas posiciones en la política del país...". Predicciones que tuvieron, con el tiempo, efectivo cumplimiento.

En la segunda parte de su libro, discurre el autor acerca de la iniciación de su carrera profesional y los éxitos y reveses de sus primeras empresas. Hay aquí una confesión que al par que es un rasgo de ingenuidad, pinta también las excelencias de un noble espíritu: "Me daba vergüenza cobrar honorarios. En regla general, cuando despachaba una consulta y el cliente me preguntaba '¿Cuánto le debo?' no se por qué esa frase se me hacía insultante y no podía dejar de contestar: 'Eso no vale nada', causando la sorpresa del interesado y en mi interior el amargor de mi majadería...". (Pág. 119).

Trabajó en las montañas del Quindío, en la explotación de minas, de agotador modo, como los jornaleros, y por la noche, pese a la fatiga, estudiaba y escribía. Tuvo, en medio de esas soledades, aventuras que dejaron, al parecer, en su espíritu, huella imborrable. Al margen de la narración de una de ellas escribió estas reflexiones, llenas de profunda verdad: "En los amores no convencionales, el amor como se entiende en el pueblo, hay algo superior a todo. Aquí no entra la convención sino la voluntad, es la tendencia imperiosa de la naturaleza la que habla, no la ley social de la conveniencia. Podemos casarnos, y muchas veces por amor, pero ¿qué es esto delante del amor invencible que experimentamos libremente? En la marcha de las sociedades modernas se ha establecido el canon del amor legal y se persigue el amor natural. ¡Qué horror! Si se miran las cosas por el lado de la selección, la humanidad se está seleccionando en el sentido desfavorable, síntoma es la degeneración que se observa...". (Pág. 135).

La actividad minera a la que dedicó Pereira Gamba sus juveniles energías, dio pie al autor para estudiar, como ningún otro geólogo colombiano de su tiempo, este aspecto de la riqueza nacional, y dejar sobre la materia obras fundamentales, que aún hoy son de obligada consulta para cuantos se dedican a averiguar aspectos de la geología económica del país. Otra empresa importante de tan notable científico, fue la selección de minerales colombianos, realizada por él, para la *World's Fair* de Chicago, la magna conmemoración del tercer centenario del descubrimiento de América.

La tercera y última parte de este libro está consagrada a narrar la vida en los Andes Occidentales colombianos, particularmente en el actual departamento de Nariño. Pereira Gamba llegó a Pasto, a principios del siglo actual, 1905, con el objeto de fundar y dirigir la Facultad de Ingeniería y Matemáticas de la Universidad de Nariño. "En aquel tiempo, —dice— Pasto era para los bogotanos un país fabuloso que se conocía únicamente por los llamados objetos pastusos: primorosos dijes barnizados, rememoradores de las creaciones japonesas en maravillosa laca. Tierras remotísimas que en nuestra imaginación aparecían más lejanas que el más lejano oriente, impenetrables selvas, aterradores bandoleros, y allá, en el término, el mar siempre azul, el Pacífico...". (Pág. 196).

Cuenta las dificultades que tuvo que superar para efectuar su viaje, las advertencias y consejos adversos que desoyó, sin que faltase, en tal sentido la propia voz del Presidente de la República, quien, deseando retenerlo en la capital para que organizase el laboratorio de Bogotá, díjole: "No vaya allá. A usted lo quemarán en la plaza de Pasto porque es muy instruído!" Pudo tener entonces la admonición de Reyes, en medio de su ponderación, algo de verdad, sobre todo con referencia a ciertos espíritus pacatos y retardatarios. Solo que también ahora aparecen de tarde en tarde, raizales y forasteros, rezagos de antañones inquisidores, que a quienes son muy instruídos, quisieran también "quemarlos" para la vida profesional, sin caer, empero, en la cuenta de lo inútil de sus empeños, porque ya son otros los tiempos.

Pero nada pudo vencer la inquebrantable decisión de Pereira Gamba de venir a Pasto. "En ese tiempo me aproximaba a los cuarenta, —dice—;

había andado mucho, vivido en las montañas, almacenado conocimientos y sensaciones y era mi deseo dejar la carrera profesional dedicándome al profesorado, al ideal juvenil que la lectura de *Elsa* —la romántica leyenda del profesor Nieman— despertó en mi ánimo en los años de mi primera juventud...".

No eran modelos de progreso, de higiene, de comodidad y de cultura las poblaciones surcolombianas de entonces: "Pueblos estos olvidados completamente de la República, —dice Pereira Gamba— sometidos a un duro vasallaje, por centurias en tiempo de la colonia, y por casi un siglo de la vida nacional bajo el antiguo Cauca, son pueblos que no tuvieron ocasión, ni se les brindó oportunidad para progresar...". Y esta confesión, valerosa y tremenda: "Que hubo intereses grandísimos para que estas comarcas quedaran como *cosa oculta*, no hay duda; la silenciación sistemática del Cauca, sobre el sur de Colombia, es un hecho evidente y lamentable..." (Pág. 239).

Pereira Gamba analizó, como ninguno otro lo había hecho hasta entonces, con ojos de matemático y sensibilidad de sociólogo, el verdadero problema del pueblo nariñense, en la pluralidad de sus aspectos, ya en cuanto a la instrucción pública, ya en lo referente a las vías de comunicación, ora en lo que mira a la higiene pública, cuándo en lo que alude a la alimentación y vivienda populares, señalando, con viril franqueza, los factores negativos, causantes de los fenómenos anotados. Lo que fue motivo para que algunos, con ligero juicio, proclamasen que Pereira Gamba fue un denostador de nuestro pueblo. Nada, sin embargo, más lejos de la verdad. El sur de Colombia, y Pasto particularmente, débenle al sabio matemático no solo el más eficiente concurso personal suyo, por largos años, en la cátedra universitaria, como lo recordó en su día, en un fervoroso artículo necrológico uno de sus mejores discípulos, el ingeniero Jeremías Bucheli, sino también el tributo de su afecto y de su recuerdo perenne. Hasta en los días que antecedieron a su muerte, recordó su estancia en Pasto. Y, perdidas en las páginas del Cap. IV de la tercera parte de su libro, encontramos estas palabras definitivas: "Trasladada mi familia a Pasto, llevé en esta ciudad, durante varios años, la vida más hermosa, la más feliz, la que realizara, —aún superándolos— todos los ideales que la imaginación me forjara. Vida de estudio, de actividad intelectual y social, de hogar feliz y de religiosidad.

Cómo podría describirse esto? ¿Cómo hacer comprender un estado de cosas que significa la más completa felicidad? Esos años compensan ampliamente las amarguras de ahora; cuando desfallecido me siento próximo a la desesperación, vuelvo hacia atrás la mirada y vivo en el Pasto de esos tiempos... La pasión por el estudio que siempre me fascinó pudo desenvolverse con entera amplitud aquí... Cuando pienso en la actividad que pude desplegar entonces, no la concibo ahora. Pero era que la atmósfera se prestaba, atmósfera benéfica y estimulante, capaz de desarrollar en mí todo lo que podía dar...". (Págs. 231-232).

Características que aún conserva el ambiente de la ciudad, como en los días de actividad docente del autor de *La Vida en los Andes Colombianos*, que ha hecho de la capital de Nariño una ciudad universitaria por excelencia.